

entre todas la que mira con más justificada aversión y con más visible repugnancia el orden de cosas que comienza en esta parte central del continente Europeo: y esto por razones que están al alcance de todos: si una democracia alemana fuera realizable y posible, el hecho sólo de su existencia bastaría para excluir al Imperio Moscovita de la gran confederación de las Naciones de Europa, y para relegarle á los desiertos del continente asiático: en la previsión de esta catástrofe, dió la mano la Rusia en 1815 á la Constitución federal de la Alemania; combinación admirable para impedir á un tiempo mismo el triunfo de la unidad y el de la demagogia: como que en virtud de ella las potencias dominadoras eran dos, y ambas absolutas. Pues bien; á pesar de esto la Rusia misma se abstendrá de intervenir por ahora, contentándose con ayudar al Austria á terminar dichosa y prontamente la cuestión de Hungría, como ha resuelto la italiana. El ejército austriaco, libre de enemigos interiores, pesará sobre la Alemania democrática como una amenaza perpetua: con lo cual cree la Rusia que basta y sobra para que la democracia alemana se consuma en la hoguera que con su misma mano ha encendido. Que se consumirá no cabe duda; ¡pero cuán terribles pueden ser sus incendios!

BERLIN, 15 de Abril de 1849.

Muy señor mío: Hace dos días que contentándome con dejar á V. saber por la voz pública los graves sucesos que se han realizado en esta parte de Europa, nada he querido decirle sobre su gran significado: ha consistido esto, en que me ha parecido conveniente dejar hablar por sí mismos á los acontecimientos, seguro de que su voz es más elocuente que lo serían mis palabras: esto no obstante, creo llegado el caso de agruparlos, de examinarlos en conjunto, y de averiguar, así lo que prometen como lo que significan.

La indecisa respuesta del Rey, que ya sabrá V., á la diputación de la Dieta de Francfort, significa que el monarca de Prusia no quiere ceder ni se atreve á resistir á la democracia alemana. Este estado de su Real ánimo fué precedido y seguido de dos estados diferentes. Antes de que la diputación llegara á Berlín, su resolución era no recibir á la diputación, y resistir á la demagogia. Después de dada su respuesta, y cuando la segunda Cámara se le presentó hostil y amenazadora, su resolución fué cejar en la resistencia, y adelantar en el camino de las concesiones. Este es el significado de la circular pasada por el Gobierno á sus representantes cerca del poder central y de los Príncipes alemanes. El Rey, pues, ha comenzado por resistir, ha fluctuado después entre la resistencia y la concesión, y se ha inclinado últimamente al sistema de las concesiones y al abandono de la resistencia.

Como V. conoce mejor que yo, S. M. el Rey de Prusia ha entrado por un mar lleno de tempestades, y ha echado por una senda llena de peligros.

A decir verdad, hace mucho tiempo que el Gobierno de S. M. Prusiana ha entrado por esa senda peligrosa.

En la presencia de la Constituyente de Francfort, no había sino dos caminos que seguir: ó asociarse francamente á sus ideas de organización unitaria, y reclamar atrevidamente para la Prusia el cetro Imperial; ó declarar desde el principio, y antes que las cosas hubieran llegado al estado peligroso en que hoy las vemos, que la Prusia no consentiría jamás, ni con su voto ni con su silencio, la reorganización unitaria de la Alemania, emprendida por un club de demagogos.

En la primera suposición, la Prusia, puesta al frente de la demagogia, hubiera podido luchar, si le era imposible vencer: le hubiera sido otorgado el combate, aunque le hubiera sido negada la victoria. En la segunda suposición, que á todas luces era la más conveniente, se hubiera aliado con el Austria y con la Rusia; y desde la altura de esta alianza robustísima, hubiera cerrado las puertas á la Constituyente de Francfort, y hubiera dado una solución monárquica y conservadora á las peligrosas cuestiones que se agitan hoy día en esta parte del mundo.

La Prusia, empero, no ha seguido ninguno de estos dos caminos: temerosa, por una parte, de romper con la demagogia, y por otra, de romper con la Rusia y con el Austria, ha puesto su frágil tienda entre el campamento de los demagogos y el campamento de los Reyes: desde allí ha distribuido por iguales partes entre los contendientes, agasajos, promesas y saludos: al mismo tiempo que admiraba el patriotismo de la Constituyente, y que no tenía voces para encarecer sus designios nobles y grandiosos, protestaba ante la Europa de su amistad y de su simpatía por el Austria, y se indignaba con la sola idea de que pudiera ser excluida de la gran unidad de los pueblos alemanes.

Entretanto la Constituyente de Francfort, para quien era una cuestión vital el apoyo de la Prusia, seguía intrépida su camino, hasta que ha traído las cosas á punto de obligar á la Prusia á decir *sí* ó á decir *no*, á declararse su enemiga ó su aliada.

La Prusia, sin embargo, no abre por esto los ojos: ni cesa en su sistema de tergiversaciones, ni abandona el camino de las respuestas anfibológicas: ni se aparta del designio de enviar saludos á todas partes, á Francfort, á Viena á San Petersburgo.

Y la misma política que sigue en lo exterior es la que aplica á sus negocios interiores.

¿Cómo negar á un Gobierno el título glorioso de religioso y monárquico, cuando disuelve una Asamblea Constituyente, porque quiso sustituir en la Constitución las palabras *Rey por la gracia de Dios* con estas otras: *Rey por la gracia del pueblo*? Y por otra parte ¿quién negará el título de liberal á un Gobierno que, al disolver la Constituyente, da á la Prusia la Constitución más democrática del mundo?

De esta manera, el Gobierno de Prusia cree haber cumplido con lo que debe á la Monarquía y con lo que debe á la demagogia, y se persuade á sí mismo de que ha resuelto todos los problemas, de que ha vencido todas las dificultades, y que ha salvado todos los escollos.

Difícil sería á V. coger el hilo de estas alternativas y contradicciones, si no se le expusiera claramente el verdadero origen de esta situación lamentable. El origen de todo está en el Rey. Federico Guillermo IV es en religión místico, y en política absolutista; dotado de un peregrino ingenio y de una elocuencia exaltada y persuasiva, es la admiración de los que le ven y el encanto de los que le oyen: en su conversación dice cosas y descubre conocimientos que á todos dejan pasmados, por ignorar cómo, cuándo y en dónde los ha adquirido. Á vuelta de estas prendas eminentes, carece de todo punto de sentido común, y su razón fluctúa perpetuamente entre lo sublime y lo extravagante. El se cree predestinado, y lo está, pero para distinto fin del que se imagina en sueños. Se cree en comunicación directa con Dios; y cuando habla y cuando obra, piensa que obedece á las divinas inspiraciones. Cuando abandonándole la inspiración que le asedia, pronuncia palabras elo-

cuentes, si por ventura le felicitan aquellos que le rodean, alza sus ojos al cielo, y da gracias al Señor por las palabras que él mismo ha puesto en sus labios. Levantado en espíritu sobre estas bajas regiones, y puesto en aquellas regiones altísimas adonde no alcanzan ni las pasiones del mundo ni sus rumores ni sus olas, vive aquí como en tierra extraña, y ve pasar los hombres y las cosas, diputados y ministros, asambleas y muchedumbres, príncipes y revoluciones, realistas y demagogos, con ojos indiferentes.

Siendo este su caracter, claro está que es de todo punto inaccesible á todo género de consejos: ¿ni cómo podría poner un oído atento á los avisos de los hombres aquel que vive persuadido de que los recibe de Dios directamente? Su Consejo de Ministros está en el Cielo, y el mismo Dios le preside. Si tiene Ministro aquí abajo, es por forma; pero los desprecia á todos con un soberano desprecio. De qué manera ha de combinarse un Rey semejante con un Gobierno constitucional, nos lo dirán demasiado pronto los sucesos y la historia.

Por ahora, lo que á V. importa saber, y lo que á mí me toca decirle, es en qué consiste el sistema que le está aconsejado por inspiración divina. Para entrar en el fondo de ese sistema, me será forzoso tomar la corriente de las cosas de muy alto.

Cuando Federico Guillermo IV era todavía Príncipe de Prusia, hizo la oposición á su padre, Rey benigno y justiciero: su oposición se fundaba en que el Rey no era en realidad absoluto: lo cual era á los ojos del Príncipe el mayor pecado de los Reyes. Lo que impedía en Prusia el absolutismo, era aquella sabia administración que fué años atrás la admiración de la Europa, y que suplía con ventaja á las instituciones políticas de otras naciones menos afortunadas. Ahora bien, como cuando la administración está organizada admirablemente, al Rey no le toca otra cosa sino dejar á la administración que administre, pareció esto al Príncipe un abuso intolerable, y no perdonó á la administración que fuera, por decirlo así, usurpa-

dora de la soberanía y del reinado. Desde entonces se propuso acabar con aquella administración que servía de límite á la potestad de los Reyes.

Cuando después de haber subido al trono, lleno de estas ideas, vió venir hácia sí á la revolución y á la demagogia, se propuso desde luego convertirlas en instrumento de dominación, *instrumentum regni*; y puso manos á la obra.

Usted no concebirá fácilmente cuáles pudieron ser los argumentos que le inclinaron á llevar adelante tan extraordinario propósito. Esta consideración me pone en el caso de exponer los aquí en muy breves palabras.

Como, según el sistema de Federico Guillermo IV, todo el mal consistía en que entre el pueblo y el Rey había una administración que administrando los intereses del primero, limitaba la potestad del segundo, tuvo á dicha el levantamiento popular, por medio del cual se prometía á sí propio dar al traste con esa administración usurpadora, dejando sólo en pie al Rey arriba y el pueblo abajo, y á los dos en contacto mutuo sin necesidad de mediadores.

Esto sirve para explicar por qué ha mirado sin conmoverse el trastorno administrativo y social, producido por una Asamblea demagógica; y por qué ha visto tranquilo la profunda perturbación de todos los intereses sociales, teniendo á sus órdenes un ejército fidelísimo, compuesto de doscientos mil hombres. La Asamblea Constituyente hubiera podido prolongar su existencia por un tiempo indefinido, si contentándose con herir á la nobleza en sus tradiciones históricas, y á las clases acomodadas en sus intereses materiales, no hubiera cometido la imprudencia imperdonable de querer borrar de la Constitución aquel *por la gracia de Dios*, por el cual hubiera dado este Rey místico y absolutista todas las noblezas de Europa y todas las clases acomodadas del mundo. Por lo demás, no creo necesario protestar aquí, siendo como son á V. conocidas mis opiniones religiosas¹, contra la interpretación que pudiera darse

¹ Léase creencias religiosas. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

á mis palabras. Estoy lejos de condenar, y antes bien apruebo la noble entereza con que el Rey se arrojó á disolver una Asamblea tan olvidada de Dios, que no reconocía en él la fuente de todas las potestades: lo que lamento es aquella ceguedad providencial que impidió á este desventurado Príncipe ver su propio abismo en el abismo que iban sepultándose á la vez las clases nobles y las clases acomodadas.

Disuelta la Constituyente, el Rey dió una Constitución á sus pueblos: en esta Constitución todo el mundo ha visto la democracia: lo que no ha visto todo el mundo, y lo que, sin embargo, está en ella, es el absolutismo. Esa Constitución, tal como es, es la expresión más perfecta y acabada de las opiniones del Rey. Un trono muy alto, y un pueblo muy grande; y nada entre ese trono altísimo y ese gran pueblo: eso es la Constitución, y á eso se reduce la política del Rey.

Para demostrar que esa Constitución, que á los ojos de todos es democrática, es al mismo tiempo absolutista, me bastará recordar aquí algunos de sus artículos.

En el 105 se concede al Rey, en casos urgentes, que su Consejo de Ministros determina, y durante el interregno parlamentario, la plenitud de la potestad legislativa con la única reserva de la responsabilidad ministerial, y de la aprobación futura de las Cámaras.

Por el artículo 108 se previene que para cobrar las contribuciones existentes, no siendo abolidas por una ley, no necesitará el Gobierno de la aprobación parlamentaria.

Por el 110 se manda que en caso de guerra ó de sedición, el Gobierno está autorizado para suspender temporalmente las siguientes garantías:—La libertad individual.—La inviolabilidad del domicilio.—La competencia de los jueces.—La libertad de imprenta.—La de la palabra.—La inmunidad de los editores, impresores y expendedores de escritos, cuando es conocido su autor.—El derecho de reunión.

Como se ve por los artículos citados, se concede al Rey una dictadura omnímota en casos especiales, pero cuya determi-

nación depende casi siempre, por la naturaleza misma de las cosas, del arbitrio del Gobierno.

El secreto de esa Constitución, absolutista por un lado y democrática por otro, es el siguiente. El Rey de Prusia ha querido dar á la democracia un poder omnímoto sobre las clases intermedias, y ha querido reservarse á sí propio un poder absoluto sobre la democracia. La democracia ejercerá su absolutismo especial durante las sesiones de las Cámaras, y en tiempos bonancibles: el Rey ejercerá su absolutismo especial en los interregnos parlamentarios, y en tiempos revueltos y miserables.

La Constitución prusiana no es, pues, una obra producida por el miedo, como piensan algunos: es hija del cálculo más profundo; es la realización perfecta del sistema político del Rey.

A la hora en que escribo estas líneas, el Rey de Prusia no cree que su Monarquía es constitucional: cree, por el contrario, que es una Monarquía absoluta: cree más todavía: cree que es la Monarquía más absoluta de Europa.

Si alguno se atreviera á decir al Rey, que su poder estaba limitado por las Cámaras, no llegaría á indignarse de seguro, porque no habría lugar para la indignación en su alma, ocupada toda por la sorpresa.

Las Cámaras no son otra cosa, en su manera de ver, sino instituciones que le sirven de instrumento para desmoronar otras instituciones enojosas: las Cámaras, como los pueblos, están llenas de sus vasallos.

Los que asistimos atónitos á esta ceguedad sublime, no podemos menos de adorar confundidos los designios de la Divina Providencia sobre los Príncipes y sobre las naciones. Esa ceguedad tiene algo, tiene mucho, lo tiene todo de sobrenatural: jamás viene sobre un hombre tan absoluta y tan completa, sin que esté predestinado á ser parte principal en un gran escarmiento y en una catástrofe terrible.

Aquí tiene V. la causa fundamental de todo lo que pasa en

estas regiones. Si V. lo medita, en ello hallará la explicación de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, en esta desdichada Monarquía.

BERLIN, 22 de Abril de 1849.

Muy señor mío: La declaración explícita que acaba de hacer la Prusia, de no reconocer la Constitución alemana, ha sido asunto ayer de una discusión acalorada en la Cámara segunda. M. Robertus, diputado de la izquierda, hizo una moción que constaba de tres párrafos: los dos primeros dirigidos á censurar al Gabinete por su conducta en la cuestión Alemana, y el último consagrado á declarar, que la Constitución votada en Francfort es obligatoria de hecho y de derecho para todos los pueblos alemanes, sin que sea necesario el requisito de su aceptación previa. Aunque el significado de estos tres párrafos era uno mismo, la Cámara, anárquica como siempre, desechó los dos primeros, y aprobó el tercero; lo más singular es que la derecha contribuyó á dar la mayoría á la izquierda en la votación última; cosa verificada ya por segunda vez, y que contribuirá á dar á V. una idea de la confusión que reina en las Cámaras prusianas. Obligado el Gobierno á tomar parte en esta discusión, el Presidente del Consejo de Ministros declaró de una manera explícita y perentoria, que los Ministros no podrían aconsejar á S. M. la aceptación de una Constitución demagógica, que imposibilitaba todo género de Gobierno. Hay, pues, guerra abierta, lucha declarada entre el Gobierno y la Cámara segunda: esto no obstante, ni el Gobierno se va, ni la Cámara se disuelve; y despreciando soberanamente el primero á la segunda, y la segunda al primero, cada cual sigue im-

pávidamente su camino: para los Ministros la Monarquía, por ser representativa, no ha dejado de ser absoluta: para los Diputados, aunque la Prusia es una Monarquía en el nombre, no por eso deja de ser una república verdadera: y cada cual obra en conformidad de sus principios, sin cuidarse de los principios del otro; estas dos parcialidades caminarán en líneas paralelas, hasta que llegue el día en que, por un movimiento mutuo de conversión, se encuentren frente á frente con las armas en la mano.

Entretanto la situación general se simplifica y esclarece. La declaración de la Prusia hace imposible la unidad bajo la forma de un Imperio: su forma en adelante será la republicana. La lucha va á estallar entre la República y la Monarquía. La Alemania, sólo siendo republicana, podrá ser una. Importa, pues, averiguar las fuerzas respectivas de los partidos en ese gran duelo entre los demagogos y los Reyes.

La cabeza de la República está en Francfort, y puede tenerse por seguro que los Reyes van á cortar esa cabeza. Para cortarla no necesitan de otra cosa, sino llamar á sus diputados. El Austria los llamó ya: remisos al principio en obedecer, en su gran mayoría se han mostrado al cabo obedientes: de los ciento diez austriacos que tienen asiento en la Asamblea de Francfort, noventa y siete han abandonado ya la Asamblea. La Prusia va á llamar á los suyos: la Baviera seguirá el mismo camino. Ahora bien: sin los Diputados austriacos, prusianos y bávaros, la Asamblea de Francfort no puede reunirse en número legal, y queda de hecho y de derecho disuelta. Sin embargo, grande sería el error de los que creen que la revolución, por quedar descabezada, quedará de todo punto vencida. Su espíritu vive en todas las Asambleas populares; y las Asambleas populares están muy lejos de morir en Alemania; su fuerza es grande y destructora. Esas Asambleas tienen dos poderosos ejércitos: el húngaro y las muchedumbres: las muchedumbres para combatir en las ciudades populosas; el húngaro para dar batallas campales.

Con este motivo, creo oportuno llamar la atención de usted